

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES

3.º EPOCA. 1883.-Año VII	REDACCION Y ADMINISTRACION Barro del Campillo, núm. 15, Granada.	Núm. 15 Dia 15 de Julio
-----------------------------	---	----------------------------

SUMARIO.

LA MUJER REGENERADA POR EL EVANGELIO, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—LA CUNA Y EL NIÑO, poesías por Antonio Ros Romero.—UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—VARIEDADES, por S.—SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUJER

REGENERADA POR EL EVANGELIO.

(CONTINUACION.)

Dejemos, pues, dejemos dormir en la noche de los tiempos á esas desventuradas, que, para mitigar el dolor de las espinas que herian su planta en el camino de la vida, no aspiraban el perfume de las flores de la eternidad; que para calmar sus pesares no tenían la esperanza de un cielo; que para acallar sus gemidos no sabían pronunciar el nombre de Maria, la Madre de los que lloran, y el consuelo de los oprimidos y los tristes.

Pero como no hemos aun cumplido nues-

tro propósito, como no hemos terminado la tarea que nos impusimos al querer probar que la mujer debe todo su bien y toda su elevación á la religion católica, á la doctrina de Jesucristo, hablaremos de su posición y de su suerte en los tiempos del paganismo, en los dias en que la corrupcion de Roma, señora y soberana de las naciones, se desbordaba como un rio sin diques y sin riveras, y avanzando sin cesar, y acreciendo siempre, inundaba en sus olas ennegrecidas, desde las gradas del trono de sus Césares, hasta los confines más lejanos de su vasto imperio.

Rómulo, progenitor y jefe de un pueblo que debía tener en sus manos el dominio del mundo, fué el primero que quiso dar á ese mismo pueblo, una legislación y un código que estableciese los derechos y los deberes del individuo y de la sociedad, y aunque adoleciendo de los defectos propios de aquella época de barbarie, organizó los primeros rudimentos de las leyes, que habían de ser la garantía de la justicia y del bien comun.

Pero aquél hombre, acostumbrado á no re-

conocer más poder que el de la fuerza, imprimió á esas mismas leyes su carácter rudo y violento, y considerando á la mujer como un ser inferior y pequeño, acaso por su debilidad, acaso por su delicadeza, no estableció para ella proteccion ni defensa alguna en sus nuevas instituciones, legándola solo la opresion y la esclavitud más absoluta y más humillante.

Privándola por completo de la voluntad y de la accion, la dejó casi la misma suerte que tenia en las edades primitivas, y aquella indecisa aurora de civilizacion y de grandeza, no derramó sobre su frente un sólo rayo de la luz que debia iluminar su vida, en sus tres hermosísimas fases, de hija, de esposa y de madre.

Considerada como hija, al abrir sus ojos á la luz, cual la flor despliega sus hojas á las primeras claridades del dia, no encontraba para protegerla, ni la abnegacion, ni el calor del cariño paterno; no era recibida en el hogar que debia llamar suyo, como el ángel que ha de embellecerlo y llenarlo de encanto, sino como la *cosa* ó el objeto que viene á aumentar la propiedad de un dueño, el cual puede conservarla ó destruirla, segun cumpla á su interés, á su voluntad ó á su capricho. Porque el padre era el único árbitro de la vida de sus hijas, y no tenia que responder de ellas, ante la sociedad ni ante la ley, pues ambas le autorizaban á darla muerte, durante los tres primeros años de su vida, y desde esta tierna edad en adelante, á maltratarla ó venderla, usando de este derecho sin restriccion ni traba alguna.

¿Qué amor, ni qué proteccion podian esperar aquellas infelices, de los seres por quienes así eran consideradas?

¡Oh! ninguno!

La mujer pagana no tenia porvenir, no tenia esperanza bajo el techo paterno!

Después, y más tarde, al trasformarse de niña en mujer, al trocar los juegos de la infancia por los ensueños de la juventud, al cambiar, en fin, su condicion de hija por la de esposa, no eran los lazos del amor, de la

simpatia ó del alma, los que la ligaban á otro ser, sino la fuerza de un contrato ó de una venta denigrante. en la que el comprador ajustaba el precio, en la que se discutia, se regateaba, y cuando al fin quedaban de acuerdo y el dinero era entregado, la jóven pasaba á poder del marido, y sufría todas las consecuencias de aquél vergonzoso trato.

Y como el dueño de una *cosa comprada*, puede hacer el uso que quiere de su propiedad, puede romperla ó destruirla segun le cuadre, el esposo, preciso es decirlo, para mengua y baldon de la culta Roma, abusaba de este derecho, tratando á la esposa más cruelmente que á sus miserables esclavos.

El matrimonio, por *dote* establecido en tiempo de Numa, único legislador romano que intentó no romper, sino aflojar las cadenas que oprimian á la mujer, lejos de dar á esta alguna sombra de bien, sólo sirvió para hacer más amarga su suerte y más desasnable y crueles los lazos de la union conyugal.

La ambicion y la avaricia se unieron, para hacer de ellas un comercio inmoral, un tráfico culpable, pues segun la ley, la cantidad que la esposa llevaba en dote, quedaba en poder del marido, en caso de repudio, lo cual daba margen á que á cada paso, y por la más insignificante circunstancia, la mujer pagana quedase desterrada del hogar doméstico, y abandonada por el que debia ser su apoyo y su protector.

Y ni una voz se alza para defenderla, ni una mano para sostenerla; sin que sus lágrimas ni su desgracia conmoviesen aquellos corazones endurecidos por la costumbre que estos robos apadrinados por los códigos, se llevaban á efecto sólo por hombres despreciables y despreciados.—Nó.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CUNA.

Nido movable de nuestra infancia,
do vela siempre tierna mirada:
lecho cubierto de blanca gasa,
por la querida madre del alma!
grato recinto que el hombre halla,
de blando arrullo; de esencia grata;
en él el niño mira cercana
la aurora bella de su mañana,
¡cuánta ternura! ¡cuánta ignorancia!
¡cuánta pureza! ¡cuánta esperanza!

Allí en ensueños que al niño agradan,
despierta, rie, suspira y calla;
mas al momento sueña un fantasma,
despierta, llora, y otra vez calla:
tambien del niño la edad temprana,
¡encierra llantos! ¡encierra lágrimas!

Más son dichosas con su fantasma,
y son felices con su ignorancia;
que en ellos todo cuanto les pasa,
es todo sueño... ¡todo esperanza!

Esta es la cuna de nuestra infancia;
nido movable que nos acalla;
yo la contemplo hoy ocupada
por el mas dulce bien de mi alma;
mi vista fijo, y al contemplarla,
dígole al niño que allí se halla;
¡cuánta ternura, cuánta ignorancia!
¡cuánta pureza, cuánta esperanza!

EL NIÑO.

Ser inocente de bien fecundo,
que ofrece al mundo cándida faz;
ave parlara, que los confines
de sus jardines cruza fugáz.

Alma sencilla de mal ajena,
porque la pena nunca sufrió:
sólo ven dichas sus pocos años;
los desengaños no conoció.

Y así discurre con dulce anhelo;
por este suelo tiende su pié;

porque su vista que alegre gira,
tan sólo mira, tan sólo vé.

Campos floridos, valles amenos,
lagos serenos. mares sin fin:
cumbres bordadas de mil colores,
senda de flores, verde confín.

Cielo sin nubes, fáciles breñas,
fuentes risueñas, cantos de amor:
plácida aurora, luna esplendente,
sol refugente, tibio calor.

Vida que brinda sueños dorados,
cuentos llorados, bético son:
¡todo belleza! ¡todo frescura!
¡todo hermosura! ¡todo ilusión!

Mas ¡quién al niño protege tanto,
que sólo encanto mira doquier?
¡cuál es el ángel que por él cuida?
¡quién es tu egida, cándido ser?...

Dios te protege por esta vida,
que le es querida tu candidez:
que á Dios le gusta por este suelo
guardar el vuelo de la niñez.

Cuando en la tierra sufrió mil cuitas
sus cabecitas acarició:
y su palabra (que santa era)
de esta manera la dirigió:

«El que lo hiciere con estos niños
«que cual armiños miro yo aquí,
«tened en cuenta que le bendigo,
«que hace conmigo, hace por mí.»

Al poco tiempo dejó la escoria,
subió á la gloria desde la cruz,
do vela siempre por nuestra infancia
desde su estancia llena de luz.

Por eso siempre gozan los niños
de los cariños de nuestro Dios,
y nunca sienten hondos dolores,
pues sus favores llevan en pós.

Por eso enchidos de bien fecundo
prestan al mundo cándida faz;
y ave parlara, por los confines
de su jardines cruza fugáz.

Antonio Ros Romero.

UN MAR SIN PUERTO.

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

(CONTINUACION).

—¿Está V. contenta, señorita, viviendo en este retiro?

—Aquí soy muy feliz, contestó la niña, esta quinta es muy hermosa, y aunque no lo fuera tanto, me lo parecería siempre, pues en ella hemos hallado mi padre y yo, toda la dicha que podíamos ambicionar en la tierra.

—No toda la que V. merece, sin embargo, dijo el joven Duque, mirando á Regina con afán.

—La bondad de la señora Duquesa nos ha dado aquí bienestar y paz, ¿qué más se puede desear?

Fernando no juzgó prudente decir más por entonces, y se incorporó á su madre que acababa de penetrar en el salon principal de la quinta.

VI.

Al día siguiente Carlos y Regina tuvieron ocasion de verse.

—¿Qué te decía ayer el hijo de la Duquesa? preguntaba el joven á su amada.

—Que si era feliz en la quinta.

—Y tú....

—Yó recordé que te habia conocido aquí, y le respondí que sí, con toda mi alma.

Carlos miró con profunda ternura á la niña, y desistió de sus preguntas.

A, qué despertar una sospecha en aquél alma cándida y sencilla.

Sin embargo, Carlos sentia en su corazon algo que le hacia daño.

La mirada que Fernando habia fijado en su prometida parecia que abrazaba su frente y encendia sus mejillas.

Resolvió callar sin embargo, aunque un presentimiento extraño le hacia estremecer al recordarlo.

La niña aunque vivia retirada en sus modestas habitaciones, se encontraba á cada paso con el gran señor, que la buscaba en todas partes.

Algunas palabras habian salido yá de los labios de Fernando, que habian hecho palidecer el semblante de Regina,

De la cortesania y las espresiones galantes, habia pasado ya á las frases apasionadas, y de estas, á los juramentos.

La niña habia respondido siempre negativamente, pero con timidez al par.

Fernando la causaba temor, la inspiraba miedo; pero no se atrevia á enojarle.

Era el hijo de su bienhechora, de la mujer á quien su abuelo debia el bienestar de sus últimos años, cómo humillarle, cómo enojarle, cómo manifestarle su repulsion, ni escitar su enojo, si en sus malos estaba la suerte de aquél anciano, que era padre suyo dos veces, y á quien tanto amor debia!

El fantasma de la miseria amenazando á D. Diego y envolviéndole entre sus brazos se aparecian á la vista de la pobre niña, y la llenaba de angustia.

¡Oh! aquél hombre habia venido á turbar su dicha y destruir su dulce paz.

VII.

Regina resolvió no hablar á D. Diego de la persecucion de que era objeto.

Esto hubiera sido amargar su vejez, y obligarle á abandonar aquella casa en donde tenia hogar y pan.

Tambien á Carlos debia callárselo. ¡Oh! á este más que á nadie.

Conocia el carácter enérgico y resuelto del joven, y le amaba demasiado para esponerle á un lance con Fernando.

Confiada en sus propias fuerzas, pensó arrostrar aquel peligro, y guardó silencio para todos, rogando sin cesar al cielo que la escudase y le diera amparo.

Evitó con mayor cuidado la presencia del joven Duque.

Huyó las ocasiones en que este pudiera dirijirla la palabra, y con mil protestas distintas, se encerró en el fondo de su cuarto, pasándose allí los dias, mientras que todo era animacion en la quinta.

Fernando exasperado por esta conducta, redobló sus esfuerzos, y sintió que su orgullo y su corazon se revelaban al par, ante esta muda resistencia.

Jóven, rico, adulado donde quiera, no podia concebir que una pobre niña sin porvenir, sin proteccion, hasta sin madre, rechazara su amor y no die-
ra oidas á sus protestas.

Así es, que lo que primero fué un pasatiempo sin nombre, se trocó en una pasion formal, en un empeño decidido.

Alguna vez Carlos repetia sus preguntas, queria sondear el corazon de Regina, pero el temor habia hecho á esta tan previsora que disipaba sus dudas con una palabra tan segura, con una mirada tan serena, que su prometido olvidaba sus temores y quedaba tranquilo y sin recelo alguno.

En cuanto á D. Diego, ni por un momento pasó por su mente la idea de que el hijo de su antiguo amigo, de aquél hombre tan real y tan noble, fuera capaz de una villanía.

Sin embargo, el honrado militar se engañaba.

La generacion presente ha descendido mucho de la antigua generacion.

El vicio y la incredulidad y la locura, hijos de este siglo, han manchado muchos corazones, y Fernando, sin virtudes y sin lealtad y sin fé, era la antítesis completa de su ilustre padre.

Aquél jóven, capaz de todo lo malo, lejos de perdonar á Regina su desden, devoró su despecho en la sombra, asechando el momento de llevar á cabo su intento por cualquier medio, y usando toda clase de armas por infames y viles que fuesen.

VIII.

El honrado administrador vivia, como hemos dicho, con la mayor economía, reduciéndose á su modesto sueldo, y temiendo siempre á la vista el *de-be* y el *haber* de su libro de caja.

Un dia se presentó en su casa una pobre mujer con un niño enfermo en los brazos, y derramando ardorosas lagrimas.

Aquella mujer era madre!

Aquél niño era su vida!

Los medicos le habian ordenado las aguas de Par-ticosa como el único medio para salvarlo! como el único medio de que no sucumbiera á su mal!

Pero la infenz era pobre!

Era muy pobre y no podia llevarlo allí!

¡Oh! ¡qué horroroso sera ver morir á un hijo querido, y saber que puede vivir, y tener ligada por la miseria la mano que podia ofrecerle la medicina salvadora!

¡Hallarse impotente á pesar de nuestra inmensa ternura, ¡encontrarse inútil á pesar de nuestra gigante voluntad!

¡On esto debe producir la desesperacion y la locura. Yo lo comprendo perfectamente! Esto debe ser espantoso.

Aquella infenz mujer estaba desesperada, estaba loca!

¡Ay! ¿qué extraño era esto si veia al hijo de su alma perecer sin recursos, entre sus brazos?

¿Quién podria comprender las palabras que bro-taran desde su corazon hasta sus labios? ¿Quién po-dria contar las lagrimas que saltaran de su pecho, hasta inundar sus pupilas!

Sólo la Virgen Maria que sabe medir el dolor de las madres desdichadas, es la que alcanzaria á ava-lorarlás.

IX.

Regina y su abuelo se estremecieron ante aquél pesar.

La niña miró al anciano, como deben mirar los ángeles á Dios cuando imploran su misericordia.

El anciano, obedeciendo sólo á un impulso de su corazon, y sin tener conciencia de lo que iba á ha-cer, se levantó y corrió á su despacho: abrió un cajon, no miró cuál, vió no mas que allí habia di-nero y no pensó de quién era, y sacando dos billetes debanco de dos mil reales cada uno, los puso en la mano de aquella mujer diciéndole al par.

—Tome V., hija mia, compre ropa para ese niño, emprenda V. el viaje y no se detenga un sólo dia.

Dios irá á su lado y le devolverá la salud á su hi-jo, porque El, no abandona á los que le imploran.

La infeliz madre cayó de rodillas, besó el suelo en que apoyaba los piés D. Diego, y la orla del ves-tido de Regina.

Despues, en medio de su delirante gozo, juntó las pequeñas manos del niño, y quiso enseñarle en aquel instante ardientes plegarias y santas bendicio-nes que consagrar á sus bienhechores.

Lloraba, reia, sollozaba al par!

¡Oh! ¡La espresion de su gratitud conmovia tan profundamente, como habia conmovido su profundo dolor.

X-

Cuando salió, el anciano y su nieta estuvieron mucho tiempo aun bajo la impresion de los en-contrados sentimientos que los habian agitado, y no se daban cuenta de lo que habian hecho, sólo com-prendian que habian aliviado un pesar.

En aquel instante estaban satisfechos, eran fe-lices.

Es tan hermoso hacer bien!

Ensancha tanto el corazon, que la cabeza no tie-ne tiempo de reflexionar.

Pero ¡ay! cuando al siguiente dia fué D. Diego á hacer su acostumbrado balance, se halló con el dé-ficit de aquella suma que en un momento de espan-sion habia entregado á la madre afligida.

El pobre anciano se quedó temblando y confuso por algunos instantes.

Es cierto que la cantidad no era grande, que con dos ó tres meses de una estricta economía, y priván-dose de todo hasta de lo mas necesario, podian reu-nirla y ponerla de nuevo en su lugar, y reunirla á aquel dinero que manejaba sin ser suyo.

Pero ¿y si mientras por una de esas casualidades inconcebibles tenia que entregar cuentas?

Es verdad, que con un ligero aumento en cualquier partida, con un arreglo insignificante, con la mas sencilla operacion, podia disimular aquella falta hasta que pudiera nivelarla, pero él, honrado y leal hasta el extremo, no sabia mentir, era incapaz de una falsedad, y hubiera preferido su completa ruina á alterar uno de aquellos guarismos, á variar una de aquellas cifras.

Y para colmo de sus angustias, D. Diego conocia el caracter de la duquesa, bueno, generoso, capaz de sacrificarse por aquellos que protegia, pero inflexible y severo con aquellos por quien se juzgaba ofendida.

XI.

En el primer momento tuvo intenciones de decirselo todo, de manifestarle lo que habia hecho; pero luego se detuvo.

¿Y si la señora se ofendia por su accion? y si lo tachaba de pródigo y gastador?

¿Comprenderia acaso esos impulsos del alma, que hacen callar la voz del frio cálculo?

Quién sabe!

La duquesa no habia tenido nunca hambre ni friol.

No habia visto á su hijo contrariado en un solo deseo, en un solo capricho.

Ay! no era fácil que supiera medir las angustias que ofrece la escasez; los tormentos que produce la miseria!

Sólo los que han sufrido, se identifican con el dolor del que sufre, sólo los pobres, pueden apreciar el desamparo de la pobreza.

Calló pues, y guardó su secreto pidiendo á Dios con todo su corazon que le sacase de aquél apuro.

D. Diego era sencillo y bueno en demasia; habia pasado su vida en una atmósfera de honradez y rectitud inesplicable, y no le era posible comprender la ficcion, ni era diestro en la mentira, y al ocultar en el misterio aquella accion que le ennoblecia, y que él sin embargo juzgaba culpable, se condenó á un tormento perpétuo, á una inquietud de todos los dias.

—Quién sabe? murmuraba en medio de su afan, quién sabe si podré reunir ese dinero antes que llegue el dia de entregar mis cuentas anuales; y en todo caso..... en todo caso no ha de faltarme algun amigo que quiera prestarme esa cantidad.

Y más tranquilo con esta idea, se entregaba á sus trabajos habituales, con un afan y un ardor indecible.

XII.

Regina no supo nada de las angustias del anciano, porque este no quiso turbar la descuidada ignorancia de aquella niña querida, de aquella niña que era todo su amor y su consuelo en este mundo.

Temia tanto causarla un pesar!

Estaba ella en una edad tan tierna.

Era tan impresionable y tan delicada!

Y luego ¡su pobre madre habia muerto de tan pocos años!

Oh! la juventud es una flor hermosa y llena de encantos, pero flor, al fin es frágil y perecedera y un soplo de viento, un dia de calor la puede agostar.

Cuando hemos cruzado muchos dias por este valle de lágrimas; cuando hemos atravesado un largo trecho de esta senda erizada de espinas que se llama vida, parece que nuestra planta se ha endurecido, que nuestro corazon es mas fuerte para resistir el dolor, por que la costumbre de padecer nos ha prestado ya mas valor.

Pero una niña!

¡Ay! está la inocencia tan poco avezada á las decepciones, á las amarguras, á los trabajos, que estos la hieren con mas fuerza, que la aniquilan, que la pueden matar!

El anciano ocultó los temores que le inquietaban, la incertidumbre que atormenta su corazon.

No quiso empañar con una sola nube el cielo de Regina, lleno de purísima alegria por la sublime accion que habian llegado á practicar.

Segun los cálculos del anciano, su nieta podia entregarse sin cuidado al sueño de su amor, de su porvenir, de su felicidad.

Y la juzgaba tan dichosa!

Sabia que amaba mucho á Carlos, y que era amada por él, con tal pureza, con tal pasion.

Amor inextinguible, amor casto y profundo que solo la muerte pudiera destruir!

Oh! D. Diego juzgaba bien á aquellos dos jóvenes tan dignos el uno de el otro!

(CONTINUARÁ.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Variedades.

Los temblores de tierra

Continuacion.

En los viajes de Mandellso se leen las descripciones siguientes del temblor de tierra que sucedió el 26 de julio de 1591 en la isla de San Miguel.

Este temblor, dice dicho viajero, duró desde el 26 de julio hasta el 12 del mes siguiente.

La Tercera y Fayal fueron agitadas al otro día con tanta violencia que parecía daban vueltas; pero esos horribles vaivenes solo se repitieron allí cuatro veces, mientras que en San Miguel no cesaron un momento en mas de quince días.

Una ciudad entera llamada villafranca fué desolada hasta los cimientos, y la mayor parte de su vecindario quedó sepultado bajo las ruinas: en muchos parajes las vegas se trasformaron en colinas, y en otros montañas se allanaron y mudaron de situación; salió de la tierra un manantial de agua viva que corrió por espacio de cuatro días, y después se secó repentinamente.

El aire y el mar, todavía mas agitados, formaban un estruendo semejante al bramido de una multitud de animales feroces, y muchas personas murieron de espanto.

La historia de la academia hace tambien mencion de los temblores de tierra que se sintieron en Italia desde el mes de octubre de 1702 hasta el mes de julio de 1703.

Los países que mas padecieron, fueron la ciudad de Norcia y la provincia de Abruzzo; muchas veces acompañaron á los temblores ruidos espantosos en el aire, y los hubo con mucha frecuencia reinando la mayor calma: al del 2 de febrero de 1703, que fué el mas violento de todos, acompañó á lo menos en Roma una gran serenidad en el cielo y una gran calma en el aire; duró allí medio minuto, y en Aquila, capital del Abruzzo, tres horas.

Arruinó toda esta ciudad sepultando cinco mil personas bajo de sus ruinas, é hizo un gran estrago en las inmediaciones.

Un monte que hay cerca de Sigillo, aldea distante de Aquila veinte y dos millas, tenía en su cumbre una llanura bastante grande rodeada de peñascos, y después del temblor del 2 de febrero se formó en el lugar de esta llanura un abismo, cuyo diámetro era de veinte á veinte y cinco toesas, y jamás pudieron hallar el fondo aunque penetraron hasta trescientas toesas.

Al tiempo de abrirse esta boca vieron salir llamas

de ella, y luego un humo muy denso que duró tres días.

Lima, una de las ciudades mas ricas de la América española, está tan sujeta á estas terribles catástrofes, que ha sido casi arruinada catorce veces en menos de dos siglos, á saber, desde el año de 1582 hasta 1746, en el que padeció por última vez su ruina.

En fin, el mas terrible temblor de tierra que en estos tiempos ha afligido á la humanidad es el de Lisboa.

Mas de una tercera parte de esta ciudad fué destruida con sus moradores, y perecieron en él mas de treinta mil personas; los destrozos se extendieron hasta España; la pequeña ciudad de Setubal quedó casi arruinada; otras recibieron bastante daño, y el mar elevándose sobre la calzada de Cádiz, tragó todo cuanto halló en el camino; los vaivenes de la tierra que atemorizaban la Europa, se percibieron hasta en Africa, y el mismo día que los habitantes de Lisboa perecian, se abrió la tierra cerca de Marruecos, y una poblacion entera de árabes fué sepultada en los abismos.

A fines del siglo diez y ocho y principios del diez y nueve han experimentado las varias regiones de la tierra de un modo asombroso, no solo terremotos, sino tambien huracanes, tempestades, meteoros igneos y otros fenómenos; pero especialmente en Europa han sido mas frecuentes.

Mr. L. Gentil en su viaje al rededor del mundo, habla del efecto que producen en el mar los temblores de tierra en los términos siguientes:

Yo he observado, dice, que entonces los navios que están anclados son tan violentamente agitados, que parece que todas las partes de que se componen van á desunirse: los cañones saltan de sus cureñas, y la arboladura de los bajeles, con esta agitacion, rompe los obenques: apenas le hubiera yo creído, si no me hubiesen convencido muchos testimonios unánimes.

Concibo muy bien, añade, que el fondo del mar es una continuacion de la tierra, y que cuando esta se halla conmovida, comunica su conmocion á las aguas que están sobre ella; mas lo que no comprendo es este movimiento irregular del navio, cuyas partes todas, tomadas separadamente, participan de esta agitacion, como si no nadase en una materia fluida y formara parte de la tierra.

(Continuará.)

S.

Seccion Doctrinal.

Explicación de los mandamientos

(CONTINUACION.)

Se limitó pues aquel día á esperar, como había dicho Rosa, la llegada del domingo.

Este amaneció al fin, aunque más tarde de lo que la impaciente Clara hubiera querido. La mañana se pasó como de costumbre, pero á la tarde, y á la hora de paseo Clara se negó á salir con un pretexto insignificante, y Flavia y el aya subieron en el carruaje, mientras ella quedaba en la casa acompañada de Rosa y de las otras criadas.

—¡Oh! vamos, vamos, Rosa, dijo la niña con afán: toma los rosales y la jaula y vamos á que lo vea María.

—Señorita, yo no puedo con todo.

—Tienes razón; llama á Francisco: pero... no: yo bajaré el canario, tú una de las macetas, y luego vendrás por la otra.

—Pero V. va á llevar...?

—Y ¿qué importa? anda; anda pronto!

La doncella obedeció, y un instante despues bajaban ambas las escaleras con una prisa extraordinaria.

En breve llegaron al estrecho cuarto que ocupaba la niña mendiga, y como el día anterior, hallaron la puerta abierta pero María no estaba sola, puesto que á su lado se hallaba un anciano de rostro apacible y bondadoso y de mirada inteligente y dulce á la par. Era el buen sacerdote que venia á verla los domingos, segun había dicho el día anterior.

Clara se quedó un momento indecisa, hasta que la voz de María la sacó esta vez tambien de su duda, diciendo con infantil alegría:

—¡Ay! qué pájaro tan lindo, y qué jaula tan bonita.

—¿Te gusta? preguntó Clara olvidando su indecisión.

—¿Y como nó? si es tan precioso.

—Pues bien, es para tí.

—¡Para mí!

—Sí: y mira; ayer me dijiste que deseabas ver las flores, y como tú no puedes ir á buscarlas, yo he querido que ellas vengan á buscarte á tí; y haciendo que su doncella se adelantara, presentó á la enfermita el hermoso arbusto cubierto de rosas y de capullos.

La alegría de María y su asombro fueron tales, que en vano intentaríamos describirlos, pero que bastaron á recompensar á Clara de su noble y generosa acción: sonreía, lloraba, pasaba sus ojos del canario á las flores sin saber á cuál preferir, y bendecía á su bienhechora mezclando su nombre con el de Dios.

La abuela y el anciano sacerdote celebraban tambien la generosidad de Clara y encomiaban su proceder: en cuanto á ella, jamás se había sentido tan contenta y tan satisfecha de sí misma.

En aquella pobre morada recibió las más dulces impresiones que había gustado en su vida, escuchando al par de los lábios del ministro de Dios, sábias lecciones y prudentes consejos, que nadie, desde que muriera su nodriza, se había cuidado de darle.

El alma de Clara se abrió como el cáliz de una azucena, para recibir el santo rocío de aquellas lecciones y de aquel ejemplo. Las santas máximas de virtud y del

amor á Dios que habían sostenido en su infortunio á la desvalida y enferma María elevaron hasta los cielos los pensamientos y las aspiraciones de la rica heredera, y cuando esta abandonó aquella humilde morada, llevaba en su alma un tesoro de fé, de esperanza, de caridad, que no había poseído hasta entonces. La vista de aquella niña resignada y creyente, que por sólo su amor á Dios, soportaba con alegría los males y las penalidades, había empezado la obra, y la voz del santo ministro de Dios la había terminado.

Clara volvió á su casa bien diferente de lo que era antes; al anochecer, su padre quiso llevarla al teatro; pero la niña se excusó diciendo que estaba un poco enferma.

En realidad Clara no quería salir de casa, porque estaba preocupada aun con los consejos de sus nuevos amigos.

El señor de Montalvan, que adoraba á la niña como lo cura, se alarmó seriamente, y bajó á su gabinete para informarse por sí mismo de su salud.

—¿Qué tienes, Clara mía, la dijo al entrar.

—No te asustes, papá; no tengo nada.

—Me engañas: á no estar enferma no querías quedarte en casa, tú que tan aficionada eres á las diversiones y sobre todo, á la música.

—Sí, pero hoy...

—¿Qué?

—Me causaría pena en vez de alegría.

—¿Luego tienes algo?

—Estoy un poco triste y nada más.

—¿Tú triste! ¿y por qué?

—Permíteme que te lo calle.

—Hija mía, no te comprendo.

—Cuando nuestra tristeza no tiene remedio....

—Es que no tiene fundamento, y es preciso desecharla.

—¡Oh! no es eso, papá; pero una niña ¿qué puede hacer en este mundo?

—Todo: cuando un padre que se mira en sus ojos, y que está dispuesto á complacerla.

—¿Todo? preguntó con afán Clara, á cuya mente acudió la idea de mejorar la suerte de María.

—Sí, contestó el padre mirándola fijamente; sí, porque las niñas buenas no quieren nada que sea razonable, y yo espero que tus deseos lo serán.

—¿De veras, papá, serías capaz de concederme lo que te pidiera? exclamó Clara juntando las manos y mirándole con una expresión de ternura, de esperanza y de alegría.

—Sí, volvió á decir el señor de Montalvan; pero habla pronto; me tienes inquieto, porque jamás te he visto tan conmovida como esta noche.

La niña saltó sobre las rodillas de su padre, le echó los brazos al cuello, y apoyando los labios en su frente:

—Vamos, le dijo, voy á ver si tienes palabra.

—Dí.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de La Madre de Familia, Darro 15.